

**KIM JONG IL**

**LA DIFAMACION DEL  
SOCIALISMO NO SERA  
TOLERADA**

¡TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO, UNIOS!

**KIM JONG IL**

**LA DIFAMACION DEL  
SOCIALISMO NO SERA  
TOLERADA**

Declaraciones a la revista *Kulloja*, órgano del Comité  
Central del Partido del Trabajo de Corea  
1 de marzo de 1993

Con el recrudecimiento sin precedentes de las aviesas intrigas de los imperialistas y otros reaccionarios contra el socialismo, se están difundiendo los más disímiles sofismas para difamarlo. Los enemigos lo tachan de “totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de administración de ucuse”, tergiversando la realidad como si por ello precisamente hubiera fracasado.

Esos términos calumniosos no difieren en nada, en esencia, de la propaganda que los imperialistas han venido orquestando con perfidia contra él desde los primeros días de su aparición en el globo terráqueo. Argüían que era un sistema inhumano, carente de libertad y democracia. “Totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de administración de ucuse” son precisamente otras expresiones falaces de esa vil campaña.

El ideal de la democracia que, oponiéndose al despotismo feudal, tempranamente abogó por la libertad, la igualdad y los derechos humanos fue trocado por la clase capitalista en una democracia burguesa que impone y esgrime la explotación y la subyugación del capital. Los imperialistas recurrieron a todo tipo de artificios para embellecer esa democracia, adjetivándola de “liberal”, pero no pudieron ocultar su falsedad y su carácter reaccionario ni impedir la aspiración y simpatía de las masas populares por el socialismo que les asegura genuina libertad y democracia. No obstante, en los últimos años las argucias como “totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de administración de ucuse”, una repetición de esta propaganda imperialista, provocaron una confusión ideológica entre la población de varios países socialistas. Los enemigos clasistas inflaron tal confusión ideológica y desorientaron la opinión pública, llevando al socialismo al desmoronamiento. Su

frustración en varios países se debe a la confabulación de los imperialistas con las fuerzas contrarrevolucionarias y a la penetración ideológico-cultural imperialista y la acción corrosiva de la mentalidad del oportunismo de derecha. El rol decisivo lo desempeñaron las conjuras contrarrevolucionarias de los traidores agazapados en sus filas. Para sofocar el socialismo, desde temprano los imperialistas perpetraron directamente, por una parte, agresiones y presiones, bloqueos y marrullerías y otros múltiples actos subversivos, y, por la otra, utilizaron como sus marionetas a disidentes y renegados de la revolución que surgieron en la capa superior del movimiento comunista y obrero. Como muestra la historia del movimiento comunista internacional, la confusión ideológica y los reveses están íntimamente ligados a la aparición de traidores a la revolución entre la dirigencia. En vista de la conversión histórica del socialismo en una poderosa fuerza material, los imperialistas concedieron mayor importancia a la estrategia de desintegrarlo desde adentro y actuaron con virulencia para conseguirlo. Con esta estrategia recrudesció como nunca la difamación contra el socialismo y surgieron los aviesos términos de “totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de administración de ucase”. Ha quedado demostrado que tales sofismas son resultado de la estrategia antisocialista de los imperialistas puesto que los criminales actos para destruir el socialismo bajo esos pretextos se cometieron sin excepción con el apoyo y manipulación de ellos. Actualmente se tornan más inmorales las intrigas de los renegados para difamar el sistema. Se trata de una desesperada tentativa encaminada a justificar su traición e impedir el renacimiento del socialismo. El hecho de que ahora, cuando en varios países se desmoronó el socialismo y se restauró el capitalismo, los traidores lo difaman tildándolo de “totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de

administración de ucase”, pone al descubierto su repugnante rostro de lacayo del imperialismo.

Es absurdo emplear esos términos para difamarlo. El totalitarismo ha servido siempre de ideal político a los dictadores fascistas. Los tristemente célebres Hitler, de Alemania, y Mussolini, de Italia, lo utilizaron como recurso ideológico para justificar su dictadura fascista. Bajo el engañoso lema “socialismo estatal” esos tiranos argumentaban que en aras de toda la nación o de todo el Estado no se debía permitir ningún tipo de movimiento obrero ni de lucha de clases y se entregaron a pisotear hasta la más elemental libertad y derechos democráticos de las masas trabajadoras y a imponer una política represiva de un salvajismo sin precedentes. La esencia del totalitarismo consiste en sacrificar los intereses del pueblo trabajador a favor de los de las codiciosas clases dominantes reaccionarias con el argumento de que el individuo debe someterse a la totalidad. El término totalidad al que se refiere en el totalitarismo no significa todas las masas populares, sino la escasa minoría de capitalistas monopolistas, latifundistas, burócratas reaccionarios, cabecillas militares y demás sectores privilegiados. Tachar de “totalitarismo” al socialismo donde las masas populares son dueñas de todo, implica, a fin de cuentas, un argumento sin fundamento alguno que trata de igualar el más avanzado ideal que refleja las exigencias de las masas populares con el reaccionario de los gobernantes fascistas.

Acusar al socialismo de “campamento militar” es también una argucia harto absurda. El modo de vida social se determina por la ideología y cambia según el régimen de la sociedad. El socialismo es la ideología más progresista, la que refleja la exigencia esencial del hombre, y su régimen, el más avanzado, ya que permite a las masas populares disfrutar a plenitud de su

existencia independiente y creadora. El régimen que reprime su espíritu independiente y creador, no es el socialista sino el capitalista. En la sociedad capitalista, donde el pueblo trabajador es esclavo del capital, es imposible asegurarle una digna vida independiente y creadora. Desacreditar al socialismo tildándolo de “campamento militar” es una propaganda perversa que presenta lo blanco como negro.

También es una patraña sin fundamento tachar el socialismo de “sistema de administración de ucase”. En general, la administración por ucases es un caduco método de gobernar en la sociedad explotadora con el que las clases privilegiadas imponen por coerción sus exigencias. En la sociedad capitalista, donde la vida económica se realiza de modo espontáneo en virtud de la ley de la oferta y la demanda, la administración del Estado y la sociedad se desenvuelve por órdenes en todos los casos y las masas populares, simple objeto de ese sistema, tienen sólo la obligación de obedecerlas. En contraste, en la sociedad socialista ellas, convertidas en protagonistas del Estado y la sociedad, disfrutaban de esta posición también en la administración y desempeñan el papel correspondiente. El rasgo característico de la administración del Estado y la sociedad por las masas radica en la prioridad que se le concede a la labor política, en la ayuda que brindan las instancias superiores a las inferiores y en la colaboración camaraderil. Esto es radicalmente diferente del método de administración burocrática de la vieja sociedad, en la que todo se impone por mandato. Ese método que se hizo sentir anteriormente en la práctica del socialismo no emanó de la naturaleza de este régimen, sino que fue heredado de la vieja sociedad explotadora. Con el pretexto de oponerse al “sistema de administración de ucase” los traidores al socialismo dirigieron su punta de lanza contra el centralismo democrático. Este

constituye el principio básico que rige las actividades del Estado socialista, y el centralismo está orgánicamente relacionado con la democracia, lo cual deviene característica particular de estas actividades. Los que bajo la consigna de “democracia” eliminaron el centralismo e implantaron un estado de caos, van abiertamente por el camino de la dictadura burguesa después de haber destruido el socialismo.

La principal causa de que la componenda contra el socialismo, pese a ser una campaña en extremo absurda, haya provocado confusión ideológica, se localiza en el hecho de que las masas populares no poseían un firme criterio del socialismo. Por supuesto, no fue fácil percatarse desde el comienzo de la esencia reaccionaria que escondía esa campaña, porque se perpetró con astucia, desde supuestas posiciones socialistas. Pero, si se hubiera empleado un correcto cartabón al desarrollar y perfeccionar la teoría del socialismo y pertrechado a las masas populares con esa doctrina, ellas no se habrían dejado arrastrar fácilmente por tales embustes.

Para defender la causa socialista y conducirla al triunfo, es indispensable desarrollar y perfeccionar sin interrupción su ideología y armar firmemente con ella a las masas populares, de manera que la asimilen como incommovible fe. Cuando la confianza en la justeza de la causa socialista es sólida, se llega a tener esa fe.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung concibió la idea Juche y, sobre su base, desarrolló y perfeccionó en un nuevo plano la ideología socialista. Ella manifiesta que el socialismo es la sociedad más avanzada, en la cual todas las cosas pertenecen y sirven a las masas populares, y que se desarrolla sin cesar por la fuerza mancomunada de éstas. La justeza de la causa socialista consiste en hacer que las masas populares disfruten plenamente de una vida independiente y creadora como

dueñas del Estado y la sociedad. Si nuestro pueblo avanza con pasos enérgicos, sin vacilar ante ningún vendaval antisocialista, es porque está firmemente convencido de la justeza de la causa socialista del Juche.

Sea cual fuere el país, si hubiera desarrollado y perfeccionado la ideología socialista conforme a la exigencia de la época y la revolución y pertrechado sólidamente con ella a las masas populares para que la aceptaran como su firme credo, no habría llegado al trágico derrumbe socialista, al vacilar ideológicamente e ilusionarse con la sociedad capitalista, sin poder valorar su naturaleza reaccionaria y carácter corrupto. La experiencia demuestra que para defender la causa socialista y hacerla brillar, es necesario perfeccionar su ideología y dotar sólidamente con ella a las masas populares, de modo que la conviertan en credo.

Con miras a alcanzar este objetivo, es preciso, además, persuadir a las personas de que su obligación moral es salvaguardar el socialismo. En la sociedad explotadora la política de la clase gobernante y la moral del pueblo trabajador se contraponen, pero en el socialismo donde éste es dueño de la sociedad y del Estado, política y moral se identifican. Implantar a plenitud la moral socialista es lo único que asegura una firme unidad político-moral entre las masas populares. Cuando los principios morales se asientan sobre la base de la camaradería y la obligación moral revolucionarias y cristalizan como hábitos de vida, el socialismo llega a enraizar profundamente en la realidad. Sólo entonces las masas populares pueden construirlo de modo irrefutable cumpliendo con su responsabilidad y papel como dueñas de la sociedad, defender decididamente la causa socialista y llevarla a buen término venciendo cualquier prueba. Si en el proceso de la construcción del socialismo aparecen traidores a la revolución, es porque no hicieron de él su

convicción y moral. La causa socialista es del pueblo, y traicionarla es traicionarlo a él, lo cual es el summum de la expresión de bajeza moral. Defraudar la confianza de los militantes y del resto del pueblo, a pesar de ser promovido por éstos a un puesto directivo en el partido o el Estado, es la más inmoral de las conductas. Quien renuncia al cargo por falta de capacidad, o se retira del partido por alguna razón, se podría decir que posee algo de conciencia.

El hecho de que los que hablaban ruidosamente de su fidelidad a la causa socialista, se convirtieron de la noche a la mañana en traidores, se debe, a fin de cuentas, a que no estaban moralmente convencidos de ella. Esto quiere decir que la transformación ideológica encaminada a hacer de ella el credo y la moral de todos los miembros de la sociedad es la tarea de mayor importancia y de preferencia para defenderla y llevarla a cabo.

Esa tarea debe marchar en estrecha ligazón con la lucha práctica por la construcción del socialismo. El objetivo principal que se persigue al armar a las masas populares con la ideología socialista, consiste en edificar con éxito la sociedad que les ofrezca una vida aún más independiente y creadora, apoyándose en la fuerza que brota de su concientización revolucionaria. Al margen de la práctica de la construcción del socialismo, es imposible dotar con satisfacción a las masas populares con su ideología. Las personas llegan a aceptarla como una exigencia vital, cuando con una eficiente construcción del socialismo experimentan sus ventajas en la vida real.

El partido y el Estado de la clase obrera deben concentrar sus esfuerzos en manifestar en alto grado la superioridad del socialismo mediante su exitosa edificación.

La superioridad esencial del socialismo radica en que las

masas populares son las dueñas de todo.

Para ocupar esta posición ellas deben ser primero dueñas de la política. Sólo entonces, pueden ser protagonistas en todas las actividades sociales. La política socialista es popular, pues la protagoniza el pueblo. En la sociedad explotadora la política es, en esencia, para asegurar el poder de la clase dominante, y el pueblo trabajador es simplemente su objeto. Allí, la vida de cada persona transcurre vegetando para mantener su existencia. En contraste, en el socialismo las mismas masas populares, en calidad de dueñas de la política, organizan y efectúan de manera unificada todas las actividades sociales.

La política se ejerce a través de determinadas organizaciones. Si en la sociedad socialista las masas populares quieren ejercer sus derechos y cumplir con su responsabilidad como dueñas del Estado y la sociedad, deben contar con organizaciones políticas que representen su voluntad e intereses, como el partido y el poder de la clase obrera. El primero es la máxima organización política y el segundo, el organismo más abarcador. Ambos aseguran la posición y el papel de las masas populares como protagonistas del Estado y la sociedad.

Las organizaciones políticas de la sociedad socialista deben actuar conforme a fórmulas idóneas a sus atributos como representantes de la voluntad e intereses de las masas populares. Crear estas fórmulas constituye la condición principal para ejercer la política popular. Aunque existan el partido de la clase obrera y el poder socialista, si no se establecen fórmulas políticas correspondientes, es imposible que las masas populares ejerzan sus derechos y cumplan con su responsabilidad como auténticas protagonistas de la política.

Nadie ha recorrido el camino del socialismo, por lo que formular políticas acordes constituye una tarea muy difícil y complicada. Sin embargo, en otros tiempos, muchos,

recurriendo a la consabida teoría de que el sistema económico define la política, pensaban que el establecimiento del régimen socialista solucionaría con facilidad el problema de administrar el Estado y la sociedad. Por lo tanto, no se resolvió debidamente el problema de crear nuevas formas políticas conforme al carácter de esta sociedad y se revalidaron no pocas prácticas del viejo sistema. El que en la sociedad socialista no se pudieran liquidar esos vestigios está relacionado también con que no se comprendía de manera correcta la naturaleza de sus organismos políticos que difieren de los del régimen anterior. En el pasado, el partido era considerado fundamentalmente como unidad organizada de determinada clase para defender sus intereses y arma de la lucha de clases; y el régimen como un órgano de poder de la clase dominante para ejercer su potestad política sobre la sociedad. A partir de ahí, en su estructuración y actividad dirigían la atención principal a fortalecer sus funciones y papeles como arma de la lucha de clases y ejecutor del poder. La naturaleza del partido de la clase obrera y del poder socialista consiste, ante todo, en que son servidores del pueblo. Sólo manteniéndose con firmeza en esta posición, pueden conducir acertadamente, tanto la lucha de clases como el ejercicio del poder político de acuerdo con las exigencias de las masas populares por la independencia. La esencia y superioridad del partido y el régimen de la clase obrera, que los diferencian totalmente de los de la clase explotadora, radican en que son servidores del pueblo. En las actividades del partido de la clase obrera y del órgano de poder socialista como servidores del pueblo no se puede permitir ningún ápice de privilegio, por más insignificante que sea. El socialismo, por su esencia, rechaza toda clase de prerrogativas. La aparición del abuso de autoridad y el burocratismo en la práctica socialista del pasado fue porque no se logró estructurar

con acierto el partido y el poder en conformidad con su misión como servidores del pueblo.

El abuso de autoridad y el burocratismo son engendros de ideas antisocialistas y expresiones de métodos de índole semejante. En la sociedad socialista es posible eliminarlos, si bajo la correcta guía del partido de la clase obrera se materializa de modo consecuente la línea de masas, de suerte que éstas ocupen la posición de dueñas del Estado y de la sociedad y cumplan con su papel como tales. Para alcanzarlo es necesario que todos los funcionarios tengan el espíritu de servirle fielmente al pueblo. En la consigna lanzada por nuestro Partido: “¡Servimos al pueblo!” están reflejadas nítidamente la posición y actitud que deben asumir los funcionarios al tratar y trabajar con y para el pueblo. Nuestra experiencia muestra que si se desarrollan enérgicamente entre ellos la educación y lucha ideológicas para mejorar sus métodos y estilos de trabajo, es del todo posible eliminar el abuso de autoridad y el burocratismo, lacras de la vieja sociedad.

De lo contrario, el abuso y el burocratismo no desaparecen, sino se fomentan. En la sociedad socialista esto llega a separar a las masas del partido y el Estado, y de eso se aprovechan los enemigos. Lo demuestra precisamente la situación de los países en que se desmoronó el socialismo. En cualquiera de esos países lo que deseaba el pueblo era un socialismo sin abuso ni burocratismo, y nunca el capitalismo. Sin embargo, en algunas naciones, con motivo del debilitamiento de la confianza en el partido y el gobierno a causa del abuso y el burocratismo, se azuzó con perfidia al pueblo para que se opusiera al partido gobernante y poder socialistas, engañando a la opinión pública con la calumnia del “totalitarismo”, y con la melosa promesa de que le ofrecerían un “socialismo humanitario y democrático”. Con la destrucción del sistema, lo que se

implantó no fue tal “socialismo”, sino el capitalismo donde predominan la explotación, opresión y desigualdad y campan por sus respetos toda clase de delitos y males sociales. En esos países donde fue destruido el socialismo y restaurado el capitalismo, el abuso de autoridad y el burocratismo no desaparecieron, sino se han institucionalizado o legalizado, convirtiéndose en fenómenos que rigen la sociedad.

La superioridad esencial del socialismo consiste en que en él todo está al servicio de las masas populares.

Que todo está al servicio de las masas populares significa que las actividades del partido y el Estado se subordinan a la tarea de asegurarles la verdadera libertad y derecho, una vida abundante y culta. Los enemigos vituperan con mordacidad el hecho de que el partido y el Estado se responsabilizan de la vida independiente y creadora de las masas populares, calificándolo de “método cuartelario”.

El socialismo les garantiza a éstas una vida plena y culta. Sólo en esta sociedad, donde el partido y el Estado se la aseguran bajo su responsabilidad, se puede hacer realidad su deseo secular de verse libres de preocupaciones. En el capitalismo no pueden imaginarlo siquiera. Allí hasta personas de posición económica más o menos acomodada no se sienten tranquilas ni un momento porque no saben cuándo van a caer en el abismo de la ruina, desempleo y pobreza. Vivir solo en opulencia sin trabajar, pase lo que pase, no puede considerarse como una verdadera razón para existir. Una vida digna y feliz que concuerde con la exigencia esencial del hombre ha de ser aquella en que se goce desarrollando actividades transformadoras del mundo, una vida sana y rica, igual y equitativa para todos. Sólo así las gentes pueden sentir el orgullo de ser dueñas del mundo y la dignidad como miembros iguales de la sociedad. Una vida creadora, sana y equitativa a

tenor de las exigencias primordiales del hombre puede asegurarse perfectamente en la sociedad socialista, en la que el partido y el Estado se responsabilizan por la existencia del pueblo.

Lo más importante del hombre como ente es cumplir con lo que le exige su vida política: unirse y colaborar con los demás, bajo el amor y confianza del colectivo social. En la sociedad capitalista, donde la dignidad e individualidad del pueblo trabajador son pisoteadas brutalmente por la prepotencia y arbitrariedad del capital, está descartado poder llevar una vida política digna del hombre. De ésta puede gozar sólo en la sociedad socialista en la que, bajo la dirección y atención del partido y el Estado, se elimina todo privilegio y se aseguran verdadera libertad y derecho.

El socialismo proporciona todas las condiciones para una vida estable en virtud de un perfecto orden social. Este orden, como sistema revolucionario, permite a las masas vivir libres y tranquilas, bajo la protección del partido y el Estado, liberadas de toda clase de agresiones y perjudicaciones, y es una normativa colectivista observada conscientemente. Destruirlo es un acto criminal que convierte a las masas en víctimas de los males sociales. En los países que lo abandonaron, surgió un estado anárquico, señorean estos fenómenos y obran a su antojo los estafadores y delincuentes como en su propio ambiente.

El que los traidores al socialismo repitieran su gastada música de “campamento militar”, cuya desentonación fue revelada ya totalmente, parte del necio artificio de encubrir la perfidia con que hicieron de los pueblos trabajadores víctimas del desempleo, pobreza, delincuencia y otros males sociales.

La superioridad esencial del socialismo reside en que la sociedad avanza ininterrumpidamente gracias a las fuerzas unidas de las masas populares.

Desarrollar la sociedad significa elevar la posición y papel del hombre en el mundo, y esto, a su vez, aumentar sus atributos vitales que son el espíritu de independencia y creación y la conciencia. Es decir que en correspondencia con el crecimiento de su conciencia de independencia y facultad creadora, se eleva su papel y en la misma medida crecen los bienes sociales y van mejorando las relaciones sociales. Por eso, definir qué sociedad tiene más capacidad de desarrollo se reduce, en fin de cuentas, a qué sociedad es más capaz de resaltar el espíritu de independencia y creación y la conciencia del hombre. El espíritu de independencia y creación es garantizado por la conciencia, de manera que puede decirse que en sus actividades la conciencia desempeña el papel decisivo. Decir esto significa hablar de la conciencia ideológica, que, reflejando la exigencia y los intereses del hombre, determina el objetivo y dirección de sus actividades, su voluntad y capacidad combativa. Por lo tanto, el principal factor impulsor del desarrollo social, se debe buscar, en todo caso, en la conciencia ideológica. La que impulsa con energía el progreso de la sociedad es la de independencia de las masas populares y la que representa la más alta etapa de su desarrollo es la conciencia socialista. No cabe discusión que el socialismo, que progresa por la elevada conciencia revolucionaria y la actividad creadora de las masas populares, dotadas con la idea socialista, es la sociedad con más alta capacidad de desarrollo.

Si bien con el establecimiento del sistema socialista se preparan las condiciones socio-económicas para que todos los miembros de la sociedad se unan y cooperen sobre la base de una misma ideología, esto no se logra de modo espontáneo. Para hacer compactas su unidad y cohesión, es preciso intensificar la educación en la ideología socialista. Pero en el pasado, por no comprender correctamente que la principal

fuerza impulsora de esta sociedad radica en la unidad y colaboración de las masas populares basadas en su elevada conciencia ideológica, en la práctica socialista se descuidaba la transformación en este campo ideológico. En especial, surgieron tendencias a incrementar el celo de la gente por la producción sólo empleando palancas económicas como incentivo material, buscando esa fuerza en el factor económico como la adaptación de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas. Huelga decir que la sociedad socialista, al ser transitoria, puede aprovecharse de la palanca del estímulo material. Pero debe hacerse sólo sobre la base de dar prioridad a la educación en la ideología socialista. En otras palabras, mantener el principio de combinarlo adecuadamente con el incentivo político-moral que ha de tomarse como lo principal. Si, de lo contrario, se promueve sólo el interés material, las personas acabarán por convertirse en egoístas que persiguen sólo beneficios personales, y como consecuencia se estanca la sociedad y destruyen los fundamentos del socialismo. En los países en que se abandonó la educación en la ideología socialista y fomentó el egoísmo, aparecieron fenómenos de estancamiento en la construcción económica socialista, lo cual dio pie para preconizar la oposición al sistema de administración de ucase, negar la dirección del partido y el Estado de la clase obrera sobre ella, e introducir la economía de mercado.

En el socialismo la dirección política y la orientación planificada y centralizada sobre la economía constituyen uno de los deberes fundamentales del partido y el Estado de la clase obrera porque ellos asumen la responsabilidad de atender la vida de las masas populares. Renunciar a su función de dirigir la economía significa eludir esa responsabilidad. Según las condiciones concretas y el requisito de la revolución, de cada

país puede diferir las formas de dirigir la economía, pero en ningún caso deben abstenerse de ello. Una economía desvinculada de esa dirección no es socialista y tampoco lo es una sociedad que no se base en una economía correspondiente. Las ventajas de la economía socialista dependen de cómo el partido y el Estado la dirigen. Nuestras experiencias demuestran que es posible administrar y manejar magníficamente la economía de conformidad con la naturaleza de la sociedad socialista si se asegura la orientación colectiva del comité partidista, se materializa la línea de masas, se prioriza la labor política y se establecen entre los funcionarios métodos revolucionarios y estilos populares de trabajo.

Los renegados del socialismo, alegando que el “sistema de administración de ucase” se apoya en el dominio absoluto de la propiedad estatal, convierten la socialista en particular. La propiedad socialista, formada por la estatal, la de todo el pueblo, y la cooperativa, constituye la base socio-económica que le permite a las masas ocupar su posición de dueñas del Estado y la sociedad y cumplir su papel como tales. Si se desmiembra, convirtiéndose en privada, está claro que, tarde o temprano, los medios de producción, independientemente de los métodos de su privatización, se concentrarán en manos de un puñado de privilegiados, especuladores y otros explotadores. Aunque no hace mucho se pusieron en práctica tales tentativas en los países donde se frustró el socialismo, han surgido ya millonarios en tanto que la mayoría absoluta de los trabajadores padecen el desempleo y la miseria. Como evidencian los hechos históricos, la oposición a la dirección del partido y el Estado de la clase obrera sobre la economía y la eliminación de la propiedad socialista dan paso al resurgimiento del sistema explotador capitalista, no importa bajo qué rótulo se efectúen.

Todo tipo de propaganda falaz que tacha al socialismo de “totalitarismo”, “campamento militar” y “sistema de administración de ucuse” es, a fin de cuentas, la denigración al colectivismo socialista y. el elogio al individualismo burgués. Esto muestra que la lucha entre los socialistas y los renegados implica la opción por el socialismo sustentado en el colectivismo, o por el capitalismo apoyado en el individualismo.

Con miras a hacer añicos todo tipo de difamación de los renegados y defender la causa socialista, hay que cumplir estrictamente el principio colectivista en todas las esferas de la vida social.

La esencia del socialismo está en el colectivismo, y en éste radica también la fuente de su ventaja y vitalidad. Colectivismo es, en una palabra, un concepto que valora más los intereses del colectivo que los individuales. La sociedad socialista, donde todos los que trabajan se han transformado por vía socialista, es una gran familia unida sobre la base de intereses comunes. En ella el colectivismo es la suma de los intereses del Estado y la sociedad. El colectivismo socialista no contrapone esos intereses a los del individuo, sino los adecua. Bajo el socialismo servir al Estado y la sociedad significa, en fin de cuentas, hacerlo en bien de las masas populares que son sus dueñas. Estas son un colectivo social compuesto por los trabajadores, y defender sus intereses significa proteger los de cada uno de éstos. El requisito fundamental del colectivismo socialista es poner los intereses del Estado y la sociedad por encima de los personales y realizar éstos dentro de aquéllos. El colectivismo socialista no censura los intereses mismos de los individuos, sino la práctica de su consecución en detrimento del Estado y la sociedad. El que viola los intereses personales no es el colectivismo socialista, sino el individualismo burgués. La esencia reaccionaria de este individualismo está en el hecho

de que perjudica los intereses de todos los que trabajan para favorecer los de una minoría explotadora. Es, precisamente, el factor que engendra todas las contradicciones y los males sociales en el capitalismo.

El colectivismo, como concepto socialista, ha venido desarrollándose sin interrupción. En este proceso tuvo una importancia trascendental el nacimiento del marxismo. Esta doctrina definió que el hombre como individuo no puede lograr su emancipación y que sólo la fuerza de la clase obrera unida puede liquidar la explotación y opresión del hombre por el hombre y alcanzar su auténtica libertad e igualdad.

El colectivismo alcanzó una fase nueva, superior, al crear el gran Líder, camarada Kim Il Sung la idea Juche y, basándose en ella, desarrollar y perfeccionar en un nuevo plano la ideología socialista. La doctrina Juche define en forma original que el sujeto de la historia, quien fragua el destino del hombre, no es el individuo, sino las masas populares, y que éstas, para forjar su destino de manera independiente y creadora, deben unirse en un solo ente socio-político.

Un individuo aislado no puede constituir el sujeto del movimiento socio-histórico, ni llevar la vida socio-política como ser social provista de atributos independiente, creativo y de conciencia. La génesis de la vida socio-política del hombre es la colectividad social. Un individuo puede tener vida socio-política, aparte de la física, y vivir y progresar de modo independiente y creador como dueño de su propio destino, sólo cuando lo comparte con el colectivo social en calidad de integrante.

En el colectivo social donde las masas populares, sujeto de la historia, están aglutinadas en un ente socio-político, lo que rige las relaciones entre él y sus integrantes y las interpersonales, es el principio del amor camaraderil y la

obligación moral revolucionaria, por los que comparten un mismo destino, la vida o la muerte, y se ayudan y se entregan unos a otros. Una expresión de esas relaciones es, precisamente, el colectivismo socialista que encarna el principio de “Uno para todos y todos para uno”. El socialismo de nuestro país, fundamentado en la idea Juche materializa del modo más cabal tal colectivismo.

La idea de nuestro Partido sobre el colectivismo tiene sus raíces en la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, organizada y dirigida por el gran Líder, camarada Kim Il Sung. En aquellas circunstancias inenarrablemente difíciles los combatientes comunistas coreanos estaban unidos firmemente como un ente socio-político en torno al Líder de la revolución y dieron ejemplo de estrecha vinculación, basada en el colectivismo, entre las filas revolucionarias y las masas populares. A través de dos etapas de la revolución social, en nuestro país se eliminó el origen social que impedía la unidad y cohesión de las masas populares, y a medida que avanzaron y se profundizaron la construcción socialista y la educación en el colectivismo, el pueblo se convirtió en un ente socio-político, un sujeto soberano de la revolución, sólidamente unido alrededor del Partido y el Líder, y en todas las esferas de la existencia social se implantó un elevado ambiente de vida colectivista basada en el amor camaraderil y la moral revolucionaria.

Hoy nuestro pueblo ocupa la posición de dueño del Estado y la sociedad y cumple tal responsabilidad y papel en la política, economía, cultura y otras esferas sociales y, aunado con una sola alma en torno al Partido y el Líder, avanza con brío para dar cima a la causa revolucionaria del Juche, compartiendo las penas y las alegrías, la vida y la muerte. La vida de una persona no ha de ser valorada teniendo en cuenta simplemente las condiciones materiales, sino considerando principalmente las

actividades socio-políticas que realiza como verdadera dueña del Estado y la sociedad. Nuestro pueblo disfruta de una genuina vida independiente y creadora, la cual es prueba fehaciente de la superioridad esencial del socialismo a nuestro estilo, centrado en las masas populares, y que encarna el colectivismo socialista.

Como en la sociedad socialista las masas populares son dueñas del poder estatal y las riquezas materiales y culturales, todos tienen el derecho a llevar una vida independiente y creadora, y asumen la responsabilidad de consolidarla y desarrollarla sin cesar con esfuerzos conjuntos. Aquí no existe ningún desempleado ni nadie que no pueda estudiar o recibir tratamiento médico, ni tampoco mendigos. Todos ponen en pleno juego su talento creador en su puesto de trabajo apropiado a su vocación y capacidad, y sin preocupaciones por la existencia, viven felices por igual. Asimismo, incorporados a una determinada organización social o política, realizan actividades independientes como dueños del Estado y la sociedad.

Nuestro Partido, organización revolucionaria de tipo jucheano y orientador político de la sociedad, asume la responsabilidad del destino de las masas populares y lo guía, atiende minuciosamente su vida en todos los aspectos, mientras sus comités, supremos órganos directivos en sus respectivos niveles, aseguran con firmeza, mediante la dirección colectiva, el derecho del pueblo trabajador a la independencia y organiza con acierto sus actividades creadoras. Unirse los superiores y los subordinados y ayudarse todos de manera camaraderil es un rasgo social, una costumbre en nuestro país. La fuente del ilimitado orgullo y la invencible fuerza de nuestro pueblo radican en el hecho de que el Partido le sirve y él sigue su dirección, compartiendo todas las penas y las alegrías. Nuestro

socialismo se mantiene imperturbable ante toda tempestad, porque el Líder, el Partido y las masas están unidos con firmeza con una sola voluntad, y éstas crean una nueva vida según su propia exigencia independiente bajo la dirección de aquéllos.

Es más que absurdo difamar a la nueva vida socialista, valiéndose de viejas nociones a las que la historia había echado tierra ya hace mucho. El valor de lo nuevo sólo es posible medirlo con un nuevo cartabón. La realidad proporciona otra prueba patente de que el modo de pensar de los que predicán el retorno a lo viejo, no es nuevo de modo alguno. Parlotear acerca de un nuevo modo de pensar, sin siquiera saber distinguir el colectivismo del totalitarismo, es ridículo, y tergiversar la realidad socialista con la mentalidad y las reglas anacrónicas y resucitar el capitalismo, no pasa de ser una bufonada.

Debemos sacar las debidas lecciones del derrumbe del socialismo en algunos países, y rechazando tajantemente todo tipo de difamaciones de tales o más cuales gentuzas contra el socialismo, hacer gala de nuestro talento y osadía para sacar beneficio de la adversidad, y avanzar con más energía hacia el luminoso futuro de la humanidad.